

Ser cubanas y no morir en el intento

Luisa Campuzano

Profesora. Universidad de La Habana.

Nacer en Cuba, dijo Lezama Lima, «es una fiesta innombrable»; pero ver la luz y vivir junto a este «mar violeta [que] añora el nacimiento de los dioses»,¹ siempre entraña riesgos y sobresaltos, porque es a la orilla del golfo que nos ciñe, como recuerda Dulce María Loynaz, con una acotación muy propia de la escritura de mujeres, «donde todos los años hacen su misterioso nido los ciclones».²

Haber nacido mujer en Cuba y poco antes de la mitad del siglo, es decir, iniciar la adolescencia con el triunfo de la Revolución, fue una fiesta multitudinaria, callejera, bulliciosa; con bailes de trajes y figuras, donde encontramos nuestros espacios, nuestros roles y nuestros propios cuerpos a pesar de las ráfagas huracanadas y los vientos ciclónicos que nos amenazaban, pero que no pudieron apagar las músicas, ni la alegría de vivir y de hacer. Ahora, sin embargo, una gran tormenta quiere aguararnos la fiesta...

Cuando el ejército de barbudos —con un pelotón de mujeres— bajó de la Sierra Maestra en 1959, yo tenía quince años. Ahora tengo más de cincuenta. Mi ciclo fértil, mi largo y cálido verano, ha sido la Revolución, que hoy enfrenta —como yo— un proceso, un cambio de vida que debemos conocer para dominar, para conjurar con nuevas estrategias y encaminar con nuevas prácticas. Pero para

eso hace falta sobre todo intentar salirse de la embriaguez, del aturdimiento de la gran fiesta y repensarse, reflexionar sobre nosotras mismas, para recuperar de algún modo en nuestro pasado, en lo que de él salva y proyecta la selectiva memoria, un atisbo, una guía para el futuro: los «recuerdos del porvenir».

Puesto que la autoconciencia se reconoce como una de las marcas de la crítica feminista, que suele mostrar la identidad de quien la ejerce e informar acerca de los orígenes del trabajo que asume y el punto de vista desde el que lo aborda, se ha hecho muy común, casi de rigor, comenzar con una anécdota personal, práctica que no sólo encuentra justificación en la máxima de que «lo personal es político», sino también en la convicción muy compartida de que hay que derribar las barreras académicas tradicionales que separan la experiencia profesional de la personal.³ Para entrar en materia, pues, comenzaré narrando algunas de las estaciones de mi conversión, de mi camino de Damasco, tópico también frecuente en el discurso feminista.

Hace poco más de diez años, a comienzos de 1984, un novelista dado a la producción de personajes femeninos, y dirigente de la Sección de literatura (hoy Asociación de escritores) de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, me pidió que preparara un trabajo sobre la mujer en la

narrativa de la Revolución para un gran congreso promocional que se celebraría en La Habana. Mi corpulenta vanidad profesional me impidió descubrir los móviles obvios de esta invitación, y me puse a laborar febrilmente en un campo virgen al que nadie en veinticinco años le había dedicado ni siquiera una línea, y para el que no me sentía especialmente vocada. Desprovista de sustentación teórica actualizada, puesto que eran los tiempos en que apenas comenzábamos a desandar la etapa de nuestra «indigencia crítica»⁴, me valí de Virginia Woolf y atacé mi tema desde la triple perspectiva con que ella intentara dar respuesta a una demanda similar.⁵ Me ocupé de la mujer en la narrativa escrita por hombres, de la narrativa escrita por mujeres, y de la posición de la mujer en la sociedad en que se producían esos textos; y el resultado fue un largo estudio que llevaba como subtítulo el de «ponencia sobre una carencia», con la evidente y cacofónica intención de subrayar desde el principio las aterradoras conclusiones a las que había llegado: de acuerdo con lo que se leía en los textos de narradores cubanos de ambos sexos, entre 1959 y 1984 en la Isla no había pasado nada notable, contable, novelable, en la vida de las mujeres.⁶

Pero lo que me decía mi experiencia personal; lo que argumentaban informes, discursos y folletos; de lo que hablaban los libros de las escritoras de otros países que habían venido a estudiar las transformaciones de la mujer cubana;⁷ lo que veía en el cine documental y en el cine de ficción; lo que se representaba en el teatro, era otra cosa, que había pasado inadvertida por la épica, ese gran género de las porras y los mandobles: las mujeres cubanas habían recorrido ya un gran trecho en el camino de su liberación, lo que constituía, sin dudas, una de las grandes hazañas de la Revolución, y era también un logro individual de cada una de ellas; pero esto no aparecía tematizado en los textos narrativos del período ni daba muestras de haber sido concientizado por las autoras y, mucho menos, por los autores.

Tanto el revuelo y la incompreensión que desató mi trabajo entre parte del público del congreso y sus organizadores, como lo que creía haber constatado en él, me llevaron a un estado que llamaría de «perplejidad cultural», pidiéndole prestado a Marlyse Meyer el término que ella creara para explicar la reacción del investigador ante relaciones aparentemente incoherentes entre un fenómeno cultural y el contexto en que se origina.⁸ Durante años me mantuve alejada de la literatura escrita por mujeres, y cuando inducida por Jean Franco —que en 1988 comprometió a la Casa de las Américas con la organización de un congreso sobre este tema— y presionada por Elena Urrutía —que en 1990 nos ofreció el motivo para realizarlo—, volví a ella, fui a parar directamente al siglo XVIII, no solo como consecuencia de mi choque inicial con las peculiares condiciones de producción de las narradoras cubanas de los sesenta y los setenta, sino con la intención de, partiendo del rescate de la marquesa Jústiz de Santa Ana, nuestra primera escritora, casi totalmente desconocida, iniciar una recuperación de la memoria y de modelos y ejemplos que nos permitieran

crearnos una nueva identidad y contribuyeran al mayor autoconocimiento y a la autoestima de la mujer cubana; y, por otra parte, comenzar a construir las bases de una narrativa histórico-literaria en la cual las escritoras encontrarán la visibilidad que en los estudios de nuestra literatura se les ha negado.⁹

Pero aunque mi trabajo personal se inscribe en una exégesis feminista perfilada «como una crítica de desagravio, destinada a la doble tarea de la desmistificación de la ideología patriarcal y a la arqueología literaria»,¹⁰ lo hace, por supuesto, desde y para la contemporaneidad, y con un objetivo complementario al parecer, pero absolutamente fundamental, que se relaciona con mi trabajo institucional en la Casa de las Américas: el de contribuir a la (re)inserción de la producción literaria femenina cubana posterior a la Revolución en el cuadro de la literatura escrita por mujeres en la América Latina, puesto que, dadas las características únicas de la experiencia cubana, ellas por lo regular han quedado fuera de los estudios generales realizados en el Continente, o apenas han sido consideradas como precursoras o rezagadas en relación con las demás escritoras latinoamericanas, según se las haya abordado con una óptica predominantemente de clase o de género.

Esta aproximación a las literaturas de mujeres cubanas y latinoamericanas ya ha contribuido, en primer lugar, al autoconocimiento de las escritoras cubanas, mediante la dinámica tan enriquecedora del proceso conocer-para-reconocerse, y al estudio de su producción textual; pero, además, podrá ayudar a caracterizar mejor el desarrollo de la mujer cubana integrando esta imprescindible dimensión cultural al análisis tradicional basado en información cuantitativa, principalmente estadística y relativa a indicadores tales como demografía, salud, educación, trabajo, legislación y participación sociopolítica.

Los objetivos, pues, de estas páginas, de mi trabajo profesional y mi implicación institucional, así como los de mi vida, atrapada en el momento más crítico de sus coordenadas privada y pública, biológica y espiritual, coinciden, y consisten en tratar de esbozar, siquiera sumariamente, un barrunto de estrategia que contribuya a sortear la tormenta y salvar todo lo salvable y, en primer lugar, a las mujeres cubanas, ya no sólo fuerza reproductora, sino productora —y de la más alta calidad— de la nación.

Como es conocido, la caída del Campo socialista y la desaparición de la Unión Soviética, sus socios comerciales por cerca de tres décadas, llevó a Cuba a comienzos de los noventa a una situación de emergencia económica que ya dura más de un lustro, y que ha producido un grave deterioro en todas las instancias de la vida, llegando a evidenciarse un franco retroceso en sectores prioritarios como la alimentación y el empleo, y poniendo en peligro la salud y la educación, consideradas las dos grandes conquistas de la Revolución. Las medidas y esfuerzos dedicados a revertir esta situación y producir una nueva reconversión de la economía cubana —ya hubo otra en

los sesenta—, pese a haber logrado a fines de 1993, de acuerdo con apreciaciones de autoridades gubernamentales, detener la caída casi ininterrumpida desde 1990, se han visto constantemente asediados por el recrudecimiento del bloqueo norteamericano, destinado no sólo a hacer aún más difícil el acceso a puertos cubanos del combustible y los insumos que su exigua capacidad de compra le permite adquirir al país, sino también a intentar disuadir a los posibles interesados en comerciar con Cuba o invertir en la Isla.

Tanto esta situación de crisis como la estrategia definida por el Gobierno para enfrentarla —el llamado «Período especial»—, producen y exigen respectivamente, grandes sacrificios a la población, y en particular a las mujeres, que dadas las características culturales patriarcales del país, son las responsables de la atención, en todas sus demandas, de la familia.

Pero como dijera el poeta peruano Carlos Germán Belli, «en cada linaje / el deterioro ejerce su dominio»; y pese a los indicios de recuperación económica que comienzan a advertirse a partir de 1994, el retroceso ya no solo atañe a aspectos tan concretos y mensurables como los antes mencionados, sino que tiene dimensiones morales, políticas y sociales, en general, que resultan aún más dolorosas porque pueden ser irreversibles en buena parte de los casos, y tienen un grandísimo costo espiritual.

Menos conocido, y —colocado en este contexto de carencias y deterioros— altamente paradójico, es el hecho de que también a comienzos de los 90 las mujeres cubanas continuaban mostrando, en relación con las restantes latinoamericanas y, en general, con todo el Tercer Mundo, las más altas proporciones de participación en rubros como la educación superior y el empleo, con importantes índices no sólo cuantitativos, sino también cualitativos; que su calidad de vida era comparativamente la más elevada; y que disfrutaban de una legislación fuertemente antidiscriminatoria, que incluía los tan debatidos derechos reproductivos.¹¹

Paralelamente, desde los últimos años de la década de los 80, se había evidenciado, dentro de la Federación de Mujeres Cubanas, una tendencia a priorizar los esfuerzos por cambiar los patrones culturales que propician la subordinación femenina, y, en especial, la doble jornada, con lo que la organización se hacía eco de las demandas de una membresía compuesta por un número cada vez mayor de profesionales, técnicas y mujeres instruidas en general, y por otra parte, daba los pasos necesarios para posibilitar el desarrollo de la línea jerarquizada por el III Congreso del Partido en febrero de 1986, que estipulaba la creación de cuotas para la incorporación de jóvenes, negros y mujeres a todas las instancias de dirección política y administrativa del país. Pero esta línea fue abandonada poco a poco, después de que la sesión diferida del propio Congreso, celebrada en diciembre de ese mismo año, estableciera otras prioridades: el desmantelamiento del fracasado Sistema de Dirección de

la Economía y el inicio de la que se llamó «etapa de rectificación».

En el IV Encuentro feminista latinoamericano y del Caribe, celebrado en Taxco en 1987, adonde asistió por vez primera una delegación cubana, al preguntársele a una representante de la Federación por qué seguía existiendo un modelo cultural patriarcal en Cuba, esta dijo:

La cultura popular es tan *machista* en Cuba como en cualquier otro país latinoamericano. Nuestro discurso con respecto a los problemas de la mujer está cambiando; estamos avanzando y profundizando: tenemos que trabajar con la realidad y deshacernos de viejos esquemas para abrir nuevos caminos. La Revolución cubana no es un proceso terminado, como tampoco lo es el feminismo.¹²

En marzo de 1990 se celebró el V Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas, para el que la organización se había preparado con especial cuidado. Los temas desarrollados en los documentos que debía debatir y aprobar el Congreso volvían a abordar, pero con mayor énfasis, formas sutiles de discriminación en el trabajo, como la de no promover mujeres a puestos de mayor responsabilidad; o en la política, como la de no elevarlas a posiciones de primer rango; e insistían en señalar los obstáculos existentes para lograr la igualdad, particularmente los debidos a la doble jornada. Pero el Congreso no pudo discutirlos porque otra vez había algo más importante, de mayor prioridad que los problemas de la mujer: la defensa del país y la nueva estrategia económica frente a la desaparición del Campo socialista y la evidente marcha de la Unión Soviética hacia el mismo fin.

Meses más tarde, en discusiones preparatorias del IV Congreso del Partido celebradas por las instancias provinciales de la organización política, se produjeron severas críticas a la Federación, en las que se sugería su desaparición sobre la base de que duplicaba las funciones de otras organizaciones de masas. Por otra parte, en el Congreso partidista, celebrado en octubre de 1991, y en las elecciones nacionales, provinciales y municipales de 1993, se redujo el número de mujeres electas, aunque, pese a ello, seguían siendo las cubanas las que, entre las latinoamericanas, tenían más representantes en el parlamento.¹³

Intentar entender la dinámica de la incorporación y de los avances de la mujer en Cuba al margen de las características excepcionales que ésta tiene en el contexto latinoamericano, resulta poco menos que imposible. Digamos, para simplificar, que donde en la historia latinoamericana se lee «la mujer conquistó», en la cubana posterior a 1959 podría leerse «la mujer recibió»; que donde en la primera se dice que la mujer luchó por **sus** derechos o trabajó en **su** beneficio, en la cubana se diría que la mujer se ha incorporado a la lucha y ha trabajado en defensa **de la Revolución**. En Cuba, muy distintamente de lo sucedido en otras partes, la progresiva transformación de la mujer se produjo en el contexto de un cambio revolucionario que nunca tuvo como objetivo prioritario a las mujeres, sino la modificación radical de

En Cuba, muy distintamente de lo sucedido en otras partes, la progresiva transformación de la mujer se produjo en el contexto de un cambio revolucionario que nunca tuvo como objetivo prioritario a las mujeres, sino la modificación radical de la estructura política y económica del país, a la que todo se subordinaba, y para la cual la categoría operativa fundamental era la de clase y no de la de género; y las tácticas inexcusables, la igualdad y la unión, no la diferencia.

la estructura política y económica del país, a la que todo se subordinaba, y para la cual la categoría operativa fundamental era la de clase y no de la de género; y las tácticas inexcusables, la igualdad y la unión, no la diferencia.

Cuando las mujeres salieron de sus casas a las calles, las plazas o los campos, en 1959, fue para asumir tareas de la Revolución en la salud, la alfabetización, la defensa. Cuando realizaron trabajo voluntario, fue en sustitución de los hombres que se encontraban casi permanentemente movilizados. Cuando se integraron en un gran frente unitario en agosto de 1960, lo hicieron bajo el lema «toda la fuerza de la mujer al servicio de la Revolución»; y la organización surgida de esta integración, la Federación de Mujeres Cubanas, se constituyó desde entonces en el vehículo de comunicación entre el Gobierno revolucionario y las mujeres, cuyas tareas fundamentales dentro de la organización fueron y siguen siendo las de apoyar cada medida o campo de interés de la Revolución. El Gobierno revolucionario, por su parte, ha dictado decenas de leyes y creado innumerables planes que de modo directo y eficiente han beneficiado a las mujeres y propiciado su incorporación al espacio público, que en Cuba no significa otra cosa que el espacio de la Revolución.

Existen distintos criterios entre los estudiosos de la historia de Cuba más reciente, en torno a si la participación de la mujer en la fuerza de trabajo se produjo como resultado de necesidades económicas, si el Estado se vio precisado a ampliar la fuerza laboral; o si fue una concesión a las mujeres, una medida de carácter político y no económico.¹⁴ Pero sea como fuere, a través de su incorporación progresiva al trabajo y la dinámica de negociaciones domésticas e intervención pública — mediante la promulgación de distintas leyes destinadas a facilitarlas—, la mujer encontró en el trabajo la posibilidad de desarrollar su creatividad, de participar más activamente en la sociedad, de pasar de la función meramente reproductiva a la productiva. Y así, a comienzos de los 90 casi el 40 % de todos los trabajadores cubanos eran mujeres, y en algunos sectores fundamentales no tradicionales este índice era mucho más alto. Baste señalar que el 57,7 % de los profesionales y técnicos y el 45 % de los profesores universitarios eran mujeres, situación no sólo excepcional en relación con la

de la América Latina, sino también con la de España, por ejemplo, donde sólo el 30 % del profesorado universitario está formado por mujeres.¹⁵

Del mismo modo, el nivel educativo de la Población Económicamente Activa femenina era también a comienzos de los 90 mucho más alto en Cuba que el de la masculina, y esto podría mantenerse en los próximos años, porque la estructura de la matrícula por niveles de enseñanza así lo hace prever, particularmente en la educación superior, donde las mujeres han seguido siendo bastante más de la mitad —casi tres quintas partes— de todos los estudiantes universitarios.¹⁶

Pero ante la reducción progresiva de empleos, ante las dificultades de todo tipo que cada día hacen de la vida de las trabajadoras cubanas una carrera de obstáculos, muchos de ellos inesperados, imprevisibles, ¿el empleo femenino se reducirá drásticamente como en los sesenta, cuando la primera carestía devolvió a muchas mujeres a sus casas, o mantendrá, con ligeros descensos, sus niveles actuales?

Aunque no dispongo de cifras, hay razones que autorizan a pensar que lo que se producirá es esto último: la mayoría de las mujeres trabajadoras no abandonará sus empleos actuales o los cambiará —de acuerdo con disposiciones tomadas a fin de aliviar las dificultades producidas por las deficiencias en los medios de transporte— por otros más cercanos a sus casas; y de ser dejadas fuera de sus trabajos —lo que ya ha sucedido por el cierre a menor o mayor plazo de centros laborales, debido a la falta de materia prima, de combustible o de piezas de repuesto para las maquinarias o los equipos, y seguirá sucediendo pues se desarrolla una revisión de todas las plantillas—, recibirán un generoso subsidio y serán posteriormente reubicadas, si no pasan a engrosar la creciente economía alternativa formada por los trabajadores por cuenta propia, que en los últimos años han ido constituyendo un pequeño sector privado que, en alguna medida, ha contribuido a paliar carestías en muchos órdenes. Esta hipótesis y las razones que nos inducen a optar por ella —lo que significa mostrarnos optimistas, proyectar nuestros deseos—, las discutimos a comienzos de 1993 en un encuentro con feministas norteamericanas en la Casa de las Américas, y Marta Núñez, una socióloga cubana que se ocupa desde hace muchos años del tema de mujer trabajadora, las formuló

tan claramente que a continuación me limito a glosar sus palabras:

Las mujeres cubanas no sólo permanecerán en la fuerza de trabajo sino que continuarán siendo promovidas a empleos más complejos y que requieren más conocimientos, en todas las esferas de la economía y en todas las categorías ocupacionales, porque desde hace años han llegado a ser la fuerza de trabajo más calificada del país y el mayor número de estudiantes universitarios; porque una nación que busca cambiar las estructuras de exportación con renglones de punta como la biotecnología, no puede prescindir de quienes constituyen más de la mitad del personal técnico y profesional en estas ramas; porque casi la tercera parte de las trabajadoras son jefas de hogar, y si dejan sus empleos, sus familias quedan sin sustento; porque una buena parte de las trabajadoras más jóvenes lo son de segunda generación y cuentan con un importante patrón de madre trabajadora.¹⁷

Pero ahora, aunque podrá mantenerles algunas garantías de salud y educación, el Estado no tiene tanto que ofrecerles a las mujeres para que trabajen, como pudo hacer antes. Ya no hay, por ejemplo, la posibilidad inmediata de construir más círculos o guarderías infantiles, o de socializar otras tareas domésticas. Y, en cambio, a las más jóvenes —y ya no sólo residentes en ciertos medios urbanos, sino también emigrantes de las más apartadas zonas del país—, el impacto del turismo —imprescindible para la supervivencia de la nación—, así como el deseo de comer mejor, de vestir mejor, de pasear en autos como los que aparecen en las películas, ha podido llevarlas a ejercer la prostitución en torno a hoteles y otros centros frecuentados por extranjeros; espacios de gran visibilidad que amigos y enemigos de la Revolución, de dentro y de fuera, magnifican con tanta vehemencia, que las «jineteras» han llegado a convertirse en «símbolo supremo» y argumento irrefutable de la decadencia de la sociedad cubana, que injustamente encarna por extensión —«la parte por el todo»— en quienes soportan con mayor sacrificio la mayor carga en este especialísimo período de crisis: las mujeres.¹⁸

Este fue, pues, el contexto en que distintas académicas, escritoras, artistas y comunicadoras, por separado o en conjunto, con o sin apoyo institucional, nos fuimos convenciendo poco a poco de la necesidad de intervenir en nuestra azarosa contemporaneidad para introducir en ella una conciencia de género que ayudara principalmente a fortalecer la autoestima de las cubanas, tan necesaria en estos momentos para defender sus avances, y que contribuyera a otorgarles mayor visibilidad a su historia y a sus realizaciones culturales.

Así, en abril de 1990, la Casa de las Américas y el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México organizaron el que sería el primer congreso celebrado en Cuba sobre literatura escrita por mujeres. A fin de llegar a él en las mejores condiciones, realizamos previamente en la Casa un taller de pensamiento y crítica literaria feministas, que nos permitió actualizar —y en muchos casos adquirir— el bagaje teórico imprescindible para tener una participación decorosa y productiva en este encuentro, al que logramos incorporar a una buena cantidad de ponentes cubanos.

Once de los trabajos presentados se publicaron en una amplia sección del número 183 de la revista *Casa de las Américas*¹⁹ que, quizá por azar o tal vez por esta razón, se agotó rápidamente. En marzo del año siguiente, viajamos una docena de cubanos a México para celebrar en El Colegio nuestro segundo congreso, que en esta ocasión se dedicó por entero a la obra de escritoras cubanas, siendo así también este el primer encuentro consagrado a nuestra literatura femenina. Como en el congreso anterior, en los meses previos a su celebración desarrollamos en la Casa un taller, que esta vez trató de la literatura escrita por cubanas. Cuatro de las participantes en estos encuentros recibieron —tres de ellas con el apoyo de la Casa— becas del PIEM para cursar la especialidad de posgrado en Estudios de la Mujer, convirtiéndose —a lo que sé— en las primeras cubanas en adquirir esta calificación académica.

Algo muy personal, como mucho de lo que sucede entre mujeres, también influyó en el rumbo que daríamos a lo que ya empezaba a perfilarse como una línea de trabajo de la Casa. En la segunda mitad de 1991, Vicentina Antuña, mi profesora y jefa, con quien llevaba trabajando treinta años, primero en el Consejo Nacional de Cultura y después compartiendo la misma cátedra en la Universidad, enfermó gravemente y me pidió que fuera cada tarde a su casa a acompañarla, y en aquellas conversaciones en que yo hablaba más que ella, y que al final fueron haciéndose meros murmullos, sonrisas, miradas impotentes, fuimos tejiendo y destejiendo proyectos y memorias de la lucha de las feministas y otras organizaciones de mujeres cubanas por ocupar un espacio de primer orden en la cultura y la historia del país, lucha en la que ella y Camila Henríquez Ureña habían participado muy destacadamente y que constituía uno de los grandes orgullos de su vida.²⁰

En el bienio siguiente, mediante la participación individual o institucional en encuentros nacionales o internacionales, se fue ampliando el radio de relaciones de la Casa de las Américas con especialistas y grupos de Estudios de la Mujer o activistas de movimientos femeninos, que contribuyeron, por una parte, a llevar nuestros intereses más allá de la literatura, y por otra, a que nuestra biblioteca llegara a poseer una copiosa colección tanto de los libros y revistas más recientes sobre este amplio dominio, como de clásicos que antes no teníamos. A lo primero se debe que en ocasiones, como las anotadas en párrafos anteriores, hayamos coauspicado la celebración de encuentros sobre temas de carácter fundamentalmente social y económico. A lo segundo obedece, por ejemplo, que en el año académico 1993-1994 se pudiera ofrecer por primera vez en la Licenciatura en Letras de la Universidad de La Habana, un curso sobre discurso literario femenino²¹.

De la acumulación de libros y experiencias, de las conversaciones con amigas y colegas, fue imponiéndose a la dirección de la Casa de las Américas la necesidad de crear un Programa de Estudios de la Mujer, a partir de aquel núcleo original de trabajo sobre escritoras latinoamericanas que yo había cobijado a la sombra del

Centro de Investigaciones Literarias que entonces dirigía. Teniendo en cuenta todo el trabajo realizado y la proyección que queríamos darle en el futuro, decidimos lanzar nuestro Programa en 1994, año del centenario del nacimiento de Camila Henríquez Ureña, y emplear para ello el espacio más conocido de la Casa: su Premio Literario. Así pues, en homenaje a la gran profesora y ensayista cubano-dominicana convocamos al Premio Extraordinario de Ensayo sobre Estudios de la Mujer, al que concurren más de cincuenta obras.²² Además, los jurados que debían otorgar los premios en los distintos géneros y categorías que concursaban, fueron integrados, por primera vez, mayoritariamente por escritoras. Una semana antes del comienzo de sus actividades ofrecimos dos cursos de posgrado: sobre teoría y praxis de la literatura femenina y sobre literatura femenina cubana, y el programa del Premio concluyó con un congreso sobre literatura femenina latinoamericana en el que participó medio centenar de ponentes de la América Latina, el Caribe, los Estados Unidos, Canadá y Europa.

Al concluir el congreso, nos reunimos un amplio grupo de participantes y diseñamos conjuntamente las líneas de trabajo para los próximos años, destinadas a propiciar, por una parte, una revisión de la historia y la cultura de las mujeres latinoamericanas y caribeñas desde el siglo XVI hasta nuestros días, y por otra parte, a rescatar y publicar la producción textual femenina —no exclusivamente literaria— correspondiente a ese período. De acuerdo con este plan, se han realizado ya los coloquios correspondientes a la Colonia y el Siglo XIX, que han acumulado más de setenta trabajos²³ y han puesto en contacto a igual número de especialistas en la historia y la cultura de las mujeres del Continente; se ha empezado a evaluar y organizar para su publicación los materiales recibidos para la antología de producción textual femenina de los siglos XVI al XVIII; y se está solicitando los que deberán llenar los tres tomos de la correspondiente al XIX, al tiempo que se ha comenzado a circular la convocatoria del coloquio del año próximo, que se dedicará a las latinoamericanas y caribeñas del siglo XX. Para después también tenemos planes, pero esa es otra historia..., historia hacia la que nos conducen no solo los resultados de esta especie de levantamiento general de fuerzas pasadas y presentes de nuestras mujeres, y de quienes se dedican con rigor, pasión y compromiso mucho más que académico a su estudio, sino también lo que está sucediendo desde comienzos del año pasado en nuestro país.

Celebrado en marzo de 1995, el VI Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas replanteó una agenda en la que ocupó un espacio fundamental todo lo derivado del reconocimiento de que en medio de las ásperas condiciones con que se inició esta década, y tal vez por ello, se han producido importantes cambios en la conciencia que de sí mismas tiene la mayoría de nuestras mujeres, quienes, por una parte, se ven cada vez más como productoras y no solo como reproductoras, asumiendo plenamente su transformación de objeto en sujeto de las medidas tomadas por la Revolución en su beneficio, las

que ahora tienen que defender y llevar hasta sus últimas consecuencias; y, por otra parte, evalúan su incorporación al trabajo no ya como una mera forma de emancipación económica, sino como fuente de satisfacción y realización personal y vía privilegiada de acceso a una mayor participación política y social. Por ello, tanto en los documentos de trabajo como en las intervenciones de las delegadas, se puso especial énfasis en arreciar el combate contra los patrones culturales que conspiran contra la participación femenina en los niveles de mayor responsabilidad y decisión, lo que aparece como una demanda sólida y críticamente fundamentada en el texto elaborado por la comisión que se ocupó del tema de la promoción de la mujer a cargos de dirección en el Estado y el Partido,²⁴ y se evidenció en el curso de los debates, cuando una de las delegadas, por ejemplo, hizo llegar una nota al General de Ejército Raúl Castro, preguntándole por qué no hay generalas ni viceministras en las Fuerzas Armadas Cubanas,²⁵ a cuyas tropas regulares hoy están incorporadas decenas de miles de mujeres y no un solo pelotón femenino, como en enero de 1959.

A partir de entonces la presencia de la Federación, y en general la de los temas relativos a las mujeres, ha comenzado a hacerse mayor en la prensa, a tomar mayor relieve. Así sucedió, por ejemplo, con las elecciones parciales celebradas en julio de 1995, en las que se puso de manifiesto que comenzaba realmente a remontarse la corriente. A diferencia de lo ocurrido en las elecciones generales de 1993, cuando la Comisión Electoral y, en consecuencia, los periódicos, la radio y la televisión —ocupados en destacar la participación masiva en una consulta popular a la que los enemigos de la Revolución auguraban los peores resultados— no divulgaron la cantidad de mujeres electas, ahora se daban a conocer estos resultados, que evidenciaban una notable recuperación en el número de delegadas en relación con los comicios anteriores. Ese mismo mes se dedicó la gran fiesta de la Revolución, el aniversario del asalto al Cuartel Moncada, a la mujer cubana, quien como reconociera el Comandante en Jefe Fidel Castro en la clausura del congreso femenino, es la que hoy lleva la parte más dura de los sacrificios.²⁶

Pero la mujer cubana es también, pensamos, quien, dadas su preparación y progresiva concientización, parece estar destinada a salir en mejores condiciones de esta crisis, cuyo fin comenzamos a avizorar. Lo más importante, en nuestro caso, ha sido saber que no partimos de la nada, sino todo lo contrario; y conocer cuáles son nuestras peculiaridades y de qué modo podemos actuar, tantear, rectificar, para ir alcanzando poco a poco resultados que conduzcan a la plena realización de la mujer, y en nuestro caso —en el que las distancias sociales son las más reducidas de la América Latina— eso quiere decir a una realización de **todas** las mujeres.

En el medio feminista académico, tan variopinto en sus tendencias, quizá la perspectiva reciente más importante es aquella que parte de reconocer que no existe una realidad femenina única, que en este vasto campo tampoco hay universales, sino múltiples realidades; y que

hay que aprender acerca de todas ellas y estar conscientes de todas ellas. Por eso, con nuestro trabajo en el campo ilimitado, sin fronteras de la cultura, no sólo aspiramos a modificar nuestra realidad, sino también a pensarla, a organizarla mentalmente y, algún día, a contribuir con nuestra experiencia y con nuestra teorización propia, latinoamericana y cubana, al pensamiento, a las doctrinas, al fundamento de los estudios y de las prácticas en torno y para la mujer.

Notas

1. José Lezama Lima, «Noche insular, jardines invisibles» (*Enemigo rumor*, 1941), en: *Poesía completa*, La Habana, Letras Cubanas, 1970:84.
2. Dulce María Loynaz, «Poema CXXIV» (*Poemas sin nombre*, 1953), en: *Poesía completa*, La Habana, Letras Cubanas, 1993:143.
3. Cf. Robyn R. Warhal y Diane Price Herndl (eds.), «About Feminisms», en: *Feminisms*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1993:IX.
4. Esta definición la acuñó Juan Marinello para referirse al vacío teórico en que cayó la crítica cubana a fines de los sesenta y en los setenta.
5. Virginia Woolf, *Una habitación propia* (1929), Barcelona, Seix Barral, 1967.
6. Luisa Campuzano, «La mujer en la narrativa de la Revolución: ponencia sobre una carencia», en: *Quirón o del ensayo y otros eventos*, La Habana, Letras Cubanas, 1988.
7. Cf. Margaret Randall, *La mujer cubana ahora*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972; y Laurette Sejourne, *La mujer cubana en el quehacer de la historia*, México D.F., Siglo XXI, 1980.
8. Marlyse Meyer, *Maria Padilha e toda a sua quadrilha*, Sao Paulo, Duas Cidades, 1993:20.
9. Luisa Campuzano, *Las muchachas de La Habana no tienen temor de Dios*, Río de Janeiro, CIEC, Universidade Federal de Río de Janeiro, 1991 (Serie Papéis Avulsos, 37). Hay otras ediciones.
10. Jean Franco, «Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo», *Casa de las Américas*, La Habana, 30 (171), noviembre-diciembre, 1988:88.
11. Cf. *Mujeres latinoamericanas en cifras. Cuba*. Santiago de Chile, Instituto de la Mujer (España) y FLACSO, 1993, *passim*.
12. Citada por Francesca Miller, *Latin American Women and the Search for Social Justice*. Hanover y Londres, University Press of New England, 1991:236 (mi traducción).
13. Cf. *Mujeres latinoamericanas en cifras. Cuba*, *op. cit.*:97,99.
14. Cf. Marta Núñez, *Las mujeres de la carreta*, Moscú, ed. mecan., 1993:6-7.
15. Cf. Cruz Blanco, «Ciencia y técnica, también para ellas», en: *Mujeres* (suplemento de *El País*), Madrid, 29 de septiembre de 1994:14.
16. *Informe de la República de Cuba a la XLIII Conferencia Internacional de Educación [de la UNESCO]*, La Habana, Ministerio de Educación, 1992:44.
17. Marta Núñez, *op. cit.*:98-99.
18. En enero de 1995 se celebró en la Casa de las Américas el coloquio «El impacto del turismo en la condición de la mujer cubana», y en él se discutió ampliamente el tema de las «jineteras». Cf. sobre el resurgimiento de la prostitución en el «Período Especial»: Rosa Miriam Elizalde, «¿Qué será de mí si la suerte me abandona?», *Contracorriente*, 1 (2), La Habana, octubre-diciembre, 1995:49-64.
19. *Casa de las Américas*, La Habana, 31 (183), abril-junio, 1991:2-69.
20. Roberto Fernández Retamar me ha contado que fue porque Vicentina se lo dio a conocer, que incluyó «Feminismo» (1939), el excepcional texto de Camila sobre la condición y lucha femeninas, en el número que *Casa de las Américas* dedicó al «Año Internacional de la Mujer». Cf. *Casa de las Américas*, La Habana, 15 (88), enero-febrero, 1975:29-42.
21. Este curso fue ofrecido por la Dra. Nara Araújo, quien desde su inicio ha participado en este proyecto de la Casa —como Mirta Yáñez, que propició la celebración del primer congreso, Graziella Pogolotti, Denia García Ronda y Zaida Capote, entre otras.
22. El premio se otorgó a Lucía Guerra, *La mujer fragmentada: historias de un signo*, La Habana y Bogotá, Casa de las Américas y Colcultura, 1994.
23. Las Actas de estos coloquios, en preparación, serán coeditadas por la Casa de las Américas y la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, de México.
24. Cf. Federación de Mujeres Cubanas, *VI Congreso de la FMC. Memorias*. La Habana, FMC, 1995:89,101-114.
25. Cf. «Última jornada de trabajo [del VI Congreso de la FMC]», *Juventud Rebelde*, La Habana, 4 de marzo de 1995:8.
26. *Ibid.*:1.